

## El actual Corpus Academicum, según Zürcher

POR MIGUEL A. FIORITO, S. I. (San Miguel)

Dos años después de la anterior obra, la primera de su producción, *Aristóteles Werk und Geist*, José Zürcher nos ofrece la segunda, *Das Corpus Academicum*<sup>1</sup>. Semejantes en el método histórico-filológico, ambas obras lo son también en las conclusiones, porque en ambos casos, el actual texto no sería el salido de las manos de los maestros a los que se atribuía, sino que serían los textos retocados por sus discípulos inmediatos.

Sabemos el revuelo que suscitó la primera obra: mientras unos críticos reconocían la importancia del esfuerzo, otros lo declaraban fallido por la base, objetando en general que el método filológico no bastaba para una conclusión tan tajante, o señalando en particular las debilidades de su uso por parte de Zürcher.

Pensamos que la nueva obra puede suscitar el mismo revuelo; y que las críticas pueden ser más severas aún, por ciertas circunstancias que la acompañan, de las que enseguida hablaremos, y que facilitan la tarea destructiva que sus críticos pueden intentar.

Quisiéramos contribuir positivamente en todo este negocio. Y se nos ocurre que una manera de hacerlo sería presentar, en resumen, esas críticas, tanto las que suscitó la primera obra, como las que se están escribiendo acerca de la segunda. Porque en ese resumen se podrán notar ciertas tendencias que juzgamos exageradamente negativas, destructivas diríamos, y que se podrían evitar con un poco más de buena voluntad.

Santo Tomás decía, refiriéndose a los filósofos que lo habían precedido, que nadie era tan escaso de verdad, que no dijera alguna. Yo creo que lo mismo se puede decir de los historiadores; y que, por consiguiente, también Zürcher debe haber dicho alguna verdad, acerca tanto del Corpus Peripateticum (Cpe), como del Corpus Academicum (Cac).

\* \* \*

Para comenzar, vamos a recordar las conclusiones de Zürcher, en su primera obra, sobre el Cpe: "Según Zürcher, el Corpus Aristotelicum, tal cual hoy lo tenemos, está escrito en su totalidad por Teofrasto y no por Aristóteles.

<sup>1</sup> JOSEPH ZÜRCHER, *Aristoteles Werk und Geist*. Paderborn, 1952. *Das Corpus Academicum* (con un *Lexicon Academicum*) Paderborn, 1954.

El ignorante Neleo, en la frase de von Arnim, se llevó a casa no los escritos de Aristóteles, sino el testamento escrito por Teofrasto, como la tradición lo testimonia. En este conjunto de escritos que Teofrasto había dejado, se encontraban también los escritos dejados por Aristóteles, ya que éste había legado a su discípulo y sucesor Teofrasto sus propios escritos. Pero Teofrasto estuvo trabajando con el material que Aristóteles le había dejado, introduciendo en él modificaciones, supresiones y abundantes agregados, desde el 322 hasta el 288, es decir, por espacio de los treinta y cuatro años durante los cuales Teofrasto fué el maestro del Peripato<sup>2</sup>.

La cita, y su contexto, que puede ser fácilmente consultado por cualquiera de nuestros lectores, nos dispensa de detenernos más tiempo en la primera obra de Zürcher, sobre el Cpe. En cambio, puede ser interesante para todos, y orientador en el resumen que enseguida haremos de la segunda obra del mismo Zürcher, dar cuenta de las críticas que ya la primera ha suscitado<sup>3</sup>.

En general, se nota una vehemencia especial en la manera de resistir a Zürcher. Diríamos que ha provocado una verdadera *alergia* entre los especialistas. Sobre todo el argumento filológico, en el que nuestro autor parece complacerse, ha suscitado un rechazo radical por parte de aquellos de sus críticos especializados en el mismo.

Otros críticos, que son más bien autores de monografías cuyo tema roza el de Zürcher, se muestran más preocupados del otro argumento, también interno, de la doctrina y problemática aristotélica. Tal es, por ejemplo, el caso de Barbotin, en su estudio histórico sobre la teoría de la inteligencia en Teofrasto<sup>4</sup>; Platzek, en su estudio sobre la evolución sobre la lógica griega<sup>5</sup>;

<sup>2</sup> Hemos citado las conclusiones de Zürcher, tal cual las resume I. QUILES, *La autenticidad del Corpus Aristotelicum según Zürcher*, Ciencia y Fe IX (1953), 73-81. El mismo Quiles resume también los argumentos, y las otras conclusiones que se refieren a lo que nos queda de Aristóteles, su "espíritu"; y señala los que serían los resultados de la obra de Zürcher.

<sup>3</sup> Citamos algunas de esas críticas: E. - W. PLATZECK, *Antonianum*, XXVII (1952), pp. 595-597; M. E. WEIL, *Revue de Méthaphysique et de Morale*, 57 (1952), pp. 446-450; E. ELORDUY, *Pensamiento*, 8 (1952), pp. 325-356; J. M. LE BLOND, *Critique*, 65 (1952), p. 863; A. NABER, *Gregorianum*, XXXIV (1953), pp. 288-291; H. D. SAFREY, *Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques*, XXXVII (1953), pp. 333-334; K. ENENN, *Scholastik*, XXVIII (1953), pp. 411-414; A. B. WOLTER, *The Modern Scholman*, XXXI (1953), pp. 137-139.

<sup>4</sup> E. BARBOTIN, *La Théorie aristotélicienne de l'intellect d'après Théophraste*, Louvain, 1954. Al mostrarse este autor contrario a la tesis de Zürcher (p. 57, nota 2), señala el camino que debe tomarse en adelante, al buscar sus argumentos en el mismo *pensamiento* de Teofrasto, y sus esfuerzos por explicar el *pensamiento* de Aristóteles. El esfuerzo preponderantemente filológico de Zürcher debe empujarnos hacia un renovado esfuerzo filosófico, pues es la manera positiva de impedir que la balanza se desequilibre, y la historia de la filosofía, dejando de ser un factor de especulación, se reduzca a una estéril discusión de letras y partículas.

<sup>5</sup> E. W. PLATZECK, *Von der Analogie zum Syllogismus*, Paderborn, 1954. Sobre todo en la p. 107, n. 2. Y en el juicio crítico a la obra de Zürcher, citado en nota 2.

y, finalmente, Gómez Nogales, en su reciente estudio sobre la metafísica aristotélica<sup>6</sup>.

Haciendo un juicio rápido sobre estas actitudes de la crítica respecto de la primera obra de Zürcher, digamos que esta segunda actitud, más especulativa, es la que por el momento nos parece más importante. Porque investigando la doctrina contenida en el Cpe o el Cac, a la vez que se contribuye inevitablemente a la dilucidación de la cuestión de la autenticidad de cualquiera de los dos, se colabora positivamente, a pesar de las diferentes sentencias acerca de esa escurridiza autenticidad, en la búsqueda de la verdad especulativa, que tiene que ser única. De modo que si, al final, ninguno de los argumentos internos, ni el filológico ni el doctrinal, resuelven definitivamente la cuestión de la autenticidad, al menos habrán contribuido los argumentos doctrinales a hacernos avanzar en el conocimiento de la verdad especulativa, en medio de todas nuestras ignorancias, dudas y opiniones históricamente discutibles.

La crítica interna, que es el terreno a donde Zürcher ha llevado la discusión, es compleja<sup>7</sup>. Basada en el mismo texto, cuya autenticidad se dis-

<sup>6</sup> S. GÓMEZ NOGALES, *Horizonte de la Metafísica aristotélica*, Madrid, 1955. Sobre todo en las pp. 188-196. En esta última página Gómez Nogales advierte que "aun en el caso de que se probase la filiación teofrástica —del Cpe—, siempre queda en pie el problema filosófico de la posibilidad de una ciencia que estudia a la vez el ser en cuanto ser y al principio supremo de todo ser". Este tipo de problemática, propiamente filosófica, es la que debe cultivarse después del esfuerzo preponderantemente filológico de Zürcher, por la razón dada en nuestra nota 3.

<sup>7</sup> L. FONK, *Wissenschaftliches Arbeiten*, Innsbruck, 1926 (Dritte Auflage); pp. 214-217. Hemos seguido esta manera de hablar, sobre la crítica "interna", y no la de F. VAN STENBERGHEN, *Directives pour la confection d'une monographie scientifique*, Louvain, 1949; pp. 49-55, porque en este momento facilita más nuestro comentario. Sobre la complejidad del uso de los criterios internos, sobre todo los de estilo y lenguaje, es útil leerlo al mismo Fonck quien advierte prudentemente que "aunque tuviéramos una estadística completa y una historia detallada de todas las contracciones y variaciones estilísticas —que es el ideal de la crítica filológica— sería dudoso que pudiéramos contentarnos con la aplicación de este criterio... Si su aplicación es tan difícil en el idioma mismo materno del crítico, cuanto más problemático será su valor en la lengua muerta de los antiguos textos". A este propósito cabe observar que Zürcher se siente tan a sus anchas en el idioma griego, que lo mezcla con el idioma alemán, ofreciendo al lector latino unas combinaciones estilísticas totalmente originales e inesperadas; como cuando, al manifestar su gratitud a quienes contribuyeron a la edición de su segunda obra, dice (p. 6): "Gracias sean dadas aquí a mi hermano Clemente... y a mi primo Otto... quienes con su *megaloprepeia* verdaderamente académica han posibilitado el tránsito de este libro de la *dinamis* a la *energia*". Estos detalles del estilo de Zürcher, manifiestan su personalidad, y confirman la impresión que causa cuando se conversa con él, de ser un estudioso que se ha hecho al ambiente de los autores que estudia. Cuando conversé con él en Hirschengraben 86 de Zürich, desde un principio noté que me encontraba frente a un hombre para quien el estudio de los griegos era su segunda naturaleza, su segunda patria. Así y todo, tiene su valor la observación de Fonk, sobre la debilidad inherente al argumento filológico, y la consiguiente necesidad de recurrir al otro criterio interno, el doctrinal.

cute, abarca el estilo, el lenguaje (palabras, partículas, construcciones, modismos...), el contenido doctrinal, la problemática, el estado de las cuestiones científicas y filosóficas del tiempo, las intenciones y objetivos del escrito, y las citas.

Pues bien, creemos que hay que insistir más en esta segunda parte de la crítica interna: o sea, en el contenido doctrinal, problemática, y estados de las cuestiones que se agitan en el texto que ha llegado hasta nosotros.

No lo decimos porque creamos que Zürcher lo haya descuidado; sino porque el arsenal filológico de su primera obra, con sus índices de palabras que se encuentran tanto en el Corpus Aristotelicum como en el Corpus Theophrasticum (pp. 354-430), y de palabras que se encuentran en el Corpus Theophrasticum pero no en el Corpus Aristotelicum (pp. 431-436), y de nombres de animales y plantas, con sus correspondientes nombres científicos actuales (pp. 347-449), y de palabras de Epicuro que se encuentran en el Corpus Aristotelicum (pp. 450-451), de tal manera han absorbido la atención de sus críticos, que la discusión podría reducirse a ese campo, que no es para cualquiera, ya que presupone una formación especializada que es de pocos. Mientras que el otro campo de investigación, dentro siempre de la crítica interna, pero más especulativo, es para muchos más, y conviene que se estudie.

En este terreno, más especulativo, la contribución de todos puede ser más eficaz. Y conviene que tal colaboración se realice, para que el esfuerzo de Zürcher no se malogre.

\* \* \*

Por desgracia, la segunda obra de Zürcher, sobre el Cac, ha vuelto a atraer la atención de sus críticos hacia el aspecto filológico, con el correspondiente olvido del aspecto más filosófico de la crítica interna. Porque si su primera obra, por la acumulación del material filológico, justificaba en cierta manera que los críticos se situaran preferentemente en ese terreno, la segunda, por cierta debilidad en la presentación del mismo argumento filológico, tienta a los mismos críticos, y hace que lleven la discusión al terreno en que se sienten tanto más fuertes, cuanto más débil se muestra el Zürcher.

Comparando la segunda obra de Zürcher con la primera, en seguida se nota la diferencia, no digamos de argumentación, sino de presentación de los argumentos filológicos.

Por de pronto, hay una diferencia de *mole* en la presentación. Las numerosas páginas del *Aristoteles Werk und Geist* se han reducido casi a la tercera parte en el *Corpus Academicum*. Y no hay listas de palabras, como trabajo de estadística filológica.

Además, hay una diferencia de *tiempo* empleado en la redacción definitiva del trabajo. Porque el mismo Zürcher confiesa en su segunda obra (p. 160), que cuando redactaba la primera, aún no estaba convencido definitivamente de la inautenticidad del Cac. O sea que en dos años llegó a una conclusión

de tanta trascendencia, mientras que podríamos decir que toda la vida empleó en decidirse por la inautenticidad del Cpe<sup>8</sup>.

Además, hay una diferencia notable en la *redacción*: mientras los argumentos en la primera obra se iban desarrollando lenta y pesadamente, en esta segunda obra, en cambio, se anuncian en la introducción, y luego rápidamente se recorren los diálogos del Cac, señalando brevemente los sitios donde se apoyarían las pruebas de los mismos.

Creemos que estas diferencias de *mole*, *tiempo* y *redacción*, no sólo pueden actuar en el ánimo de los críticos en perjuicio de esta segunda obra, sino aún redundar en contra de la primera. Y hacer que éstos, al notar el debilitamiento del adversario en el terreno filológico, lleven la discusión exclusivamente a ese terreno.

Teniendo pues en cuenta que tales críticas comienzan a hacerse públicas, vamos a hacer la presentación de la nueva obra de Zürcher, sin criticarla ni filológica ni históricamente<sup>9</sup>.

La *introducción* de Zürcher comienza relacionando la suerte de la obra aristotélica que, según su anterior estudio, no se habría librado de los retoques de sus primeros discípulos, con la suerte de la obra platónica (p. 15).

Una suerte común uniría a los grandes maestros de la antigüedad, Platón, Aristóteles, Zenón, Epicuro, cuyos discípulos considerarían sus obras, sus legados intelectuales, como una propiedad de la escuela, que crecería con ella, y se desarrollaría en su interior (p. 16).

El punto de partida de la elaboración de la nueva tesis histórica de Zürcher sería una intuición de Wilamovitz: "Todo nos hace pensar que recién en tiempo de Arquesilao se realizó la publicación de las obras completas de Platón, tal cual ahora las poseemos". Intuición que Zürcher completa en la siguiente forma: "el nuevo Cac habría sido trabajado en su conjunto por Polemón, cabeza de la Academia entre el 315-370, y publicado por su sucesor Arquesilao. Por tanto, el actual Cpe es anterior en algunos años a ese Cac. El primero sería del 320-290, y no tendría tanta unidad; mientras el segundo, que pertenecería al 300-270, sería más unitario que el Cpe, tanto por el estilo como por el contenido. Queda por ver, y depende de otros datos que todavía no tenemos, si fué el mismo Polemón o Arquesilao quien lo editó por primera vez; así como el Cpe no habría sido publicado por Teofrasto. La diferencia de estilo de ambos Corpus, que implica un cierto período de evolución dentro de cada uno de ellos, supone un largo rectorado de escuela, tanto de parte de Teofrasto (323-289) como de parte de Polemón (315-270)".

<sup>8</sup> Cfr. el juicio crítico de E. W. PLATZECK, *Antonianum*, XXX (1955), p. 531.

<sup>9</sup> Por el momento conocemos, además de la crítica señalada en nuestra anterior nota, las siguientes: *Revue de Métaphysique et de Morale*, 60 (1955), 331-332; K. ENNEN *Stimmen der Zeit*, 157 (1955), 160; E. DES PLACES, *Recherches de Science religieuse*, XLIV (1956), 133-134; R. LORIAUX, *Nouvelle Revue Théologique*, 208.

En toda esta presentación de su tesis, Zürcher se complace en mantener el paralelismo entre ambos Corpus, el peripatético (al que ya no llama "aristotélico", como lo hacía en su primera obra), y el académico. Parece querer inculcarnos una característica de la época común a Aristóteles y Platón: el espíritu de escuela, del que dijo al principio que llegaba hasta el extremo de que los discípulos, sobre todo los "responsables" de la conducción de la escuela, se consideraban "dueños" de los papeles de sus maestros<sup>10</sup>.

En cuanto a la cronología de los Diálogos, no le parece que deba cambiarse la comúnmente admitida, en lo que se refiere a las diferencias que existen entre unos y otros; pero si que todo el conjunto, como ha dicho antes, debe correrse uno 80 años (p. 17). Si el primitivo Corpus Platonium es aproximadamente de 400-350, el actual Cac es aproximadamente del 310-270.

\* \* \*

Con esto Zürcher ha expuesto las líneas generales de su pensamiento. En adelante, comienza a exponer sus argumentos. El primero se basa en la *teoría de las ideas*: cualquiera que observe las cosas imparcialmente, no dejará de advertir que el autor del actual Cac pasa de la trascendencia de las ideas a la inmanencia de las mismas; para luego, en la *Timaios*, volver a la trascendencia; hasta que, en los *Nomoi* y *Epinomis*, las abandona totalmente. Además tendrá que admitir, *queriendo o no*, que a lo largo de todo el actual Cac la teoría de las ideas se presenta como algo que se conoce y se da por supuesto, de modo que nunca se toma como objeto peculiar de la exposición. Y sin embargo, tal cosa tendría que suceder: es sencillamente *inconcebible*

<sup>10</sup> Actitud de los discípulos respecto de sus maestros, semejante a la de los cristianos respecto de los filósofos paganos, cuyas obras usaban como *propias* en lo que tenían de bueno, y era aprovechable en la difusión del cristianismo, dejando a un lado todo lo malo. El Venerable Beda, comentando el pasaje del Exodo en que los hebreos reciben de Dios los despojos de los egipcios (Ex., 12, 36) veía en ello un anuncio de lo que Dios haría con la sabiduría de los paganos, pasándosela en propiedad a su iglesia (ML, 93, col. 370). Y más cerca de nosotros, San Ignacio de Loyola, en las Construcciones de la Compañía de Jesús, tratando de los estudios de los suyos, advertía en cuanto a las obras de los paganos: "En los libros de Humanidad étnicos no se lea cosa deshonesta. De lo demás podrá servir la Compañía como de los despojos de Egipto" (*Constitutiones Societatis Iesu*, Pars IV, cap. V. E.). Y de aquí nacieron las ediciones *expurgadas* de los clásicos, que entonces eran cosa cotidiana, y que hoy chocan a nuestro sentido *crítico* modernamente tan afinado. Esto lo digo, no para apoyar la concepción que Zürcher tiene de las "escuelas" de la antigüedad, sino para ayudar a comprender el sentido de esa concepción, mostrando que algo semejante se daba en la *escolástica* cristiana. Más cerca aún de nosotros, Schopenhauer publicaba, como discípulo de Kant y después de la muerte de éste, sus obras según la primera edición de las mismas, y sin las notas de la segunda edición, en las que Kant había aminorado el *idealismo*; y daba como razón de ese retroceso en el tiempo, el hecho de que Kant no había pensado en abandonar la *escuela*, sino acomodarse a las circunstancias adversas del ambiente. Una vez más, el espíritu de *escuela* predominaba en el discípulo (cfr. Zürcher, p. 16), aunque el espíritu *crítico*, propio del mundo moderno, comenzaba a manifestarse entonces al menos en el prólogo de la edición.

que el mismo Platón, cuando por primera vez se le ocurrió esa novedad, no la haya expuesto detenida y sistemáticamente, con el mayor acopio posible de palabras, de modo que resultara una exposición convincente. Mientras que, actualmente la aclaración especulativa más fuerte que poseemos de la misma, se encuentra, no en el Cac, sino en el Cpe. *Nadie nos negará* (acota Zürcher) que más nos enseña el Cpe a propósito de las famosas ideas, que el Cac. *Y debiera ser* precisamente lo contrario. Si el actual Cac se debiera a Platón, el padre de la teoría de las ideas, por su manera de tratarla recién nacida, la hubiera condenado al sepulcro. Mientras la lucha alrededor de esa teoría duró aproximadamente cien años, del 480-380. No hay pues *ni rastros* en el Cac de una fundamentación radical de tal teoría<sup>11</sup>.

El argumento siguiente abarca toda la *problemática* del actual Cac, comparada con la del actual Cpe: son casi las mismas problemáticas, sin atraso de la primera respecto de la segunda, siendo así que debiera suceder todo lo contrario, dado el gran progreso científico y filosófico entre el 320-300. La problemática de Platón tendría que estar algo anticuada, comparada con la del Cpe; mientras la problemática del actual Cac se muestra o contemporánea, o en gran parte posterior a la del actual Cpe (p. 18).

El siguiente argumento es el del *lenguaje y estilo*: siempre comparando los Corpus, el del Cac es tan moderno como el del Cpe; y es lenguaje de fines del siglo cuarto y comienzos del tercero antes de Cristo. Este es un hecho que los filólogos de las últimas centurias han preterido de una manera harto extraña. Y sin embargo, ¿es acaso el lenguaje del Cac menos *Koiné* incipiente, que el del Cpe? Basta compararlo con el lenguaje de Xenofonte, para notar en seguida la gran diferencia.

Ambos hechos, lenguaje y problemática, no han sido suficientemente ponderados por los filólogos de los últimos decenios. Es lo más inexplicable de la producción de los últimos 30 a 50 años sobre Platón<sup>12</sup>.

<sup>11</sup> Con toda intención hemos subrayado por cuenta propia esas expresiones con las que Zürcher manifiesta la seguridad que siente. Es algo *personal* de su estilo, que no debiera tomarse tan a mal, como lo hacen ciertos críticos. En estos casos avuda conocer la persona, habiendo tratado personalmente con ella, para no darle a ciertas exposiciones más alcance del que tienen. Yo tenía un profesor que decía que, cuando se gesticulaba mucho en la prueba, la prueba valía poco; mientras que cuando la prueba se exponía sin gestos, era fuerte. Es una buena observación que en general se cumple. En particular, hay algunos que gesticulan, no sólo cuando *prueban*, sino también cuando pasean y cuando comen. Entonces no hay que tomarles el gesto como una manifestación de *debilidad*, sino como un *tic* nervioso. Algo semejante habrá que decir de las *rotundas* afirmaciones de Zürcher que acabamos de citar y subrayar en nuestro texto.

<sup>12</sup> Este ataque en masa contra la filología no le ha ganado muchos amigos a Zürcher. Menos aún entre los especialistas. Entre éstos, se han oído diversas respuestas. Una de ellas es instructiva. La advierte un comentarista en esta forma: "Un detalle (de la obra de Mlle. DE VOGEL, "*Greek Philosophy*. II. *Aristotele, the early peripatetic School and the early Academy*", Leiden, 1955): aunque esta obra es de 1953, la bibliografía no menciona la obra de Zürcher (*Aristoteles Werk und Geist*. Paderborn, 1952) ni la tiene en

A continuación Zürcher anuncia el plan de su exposición: en lugar de ir buscando uno a uno los argumentos, para concluir enunciando la tesis histórica al final, va a tomar como constante *leitmotiv* la misma tesis, y va a buscar sus resonancias en los diálogos de Platón. Es solamente un artificio de estilo, que no presupone lo que se quiere probar, ni influye inconscientemente en la invención de los argumentos, sino que solamente hace más fácil la lectura<sup>13</sup>.

Antes de comenzar a realizar su plan Zürcher se adelanta a una objeción: ¿cómo ha sido posible considerar constantemente como genuino Platón, algo que no era sólo obra suya? Responde: en primer lugar, por la unidad de estilo; y además, por el hecho de que el verdadero, el Platón original, ya no se lo veía por ninguna parte, ni podía servir de punto de comparación, que echara por tierra al falso Platón. Lo mismo le hubiera sucedido al genuino Aristóteles, si sus Diálogos originales no hubieran quedado como punto de referencia: mientras éstos estaban a la vista, se planteaba clara la alternativa: o los Exo-éoricos o las Esotéricos eran genuinos, pero nunca ambos a la vez. Mientras que para el Cac faltaba siempre el punto de comparación (pág. 19).

Ahora bien, ¿cómo fué posible que el genuino Platón desapareciera tan pronto de la memoria de la gente? Los textos en aquel tiempo no estaban tan difundidos como hoy, ni duraban tanto. Además, hay que tener en cuenta que las nuevas ediciones siempre venían de la Academia, y podían allanar el camino al *nuevo Platón*.

Explicando esta última frase, que pudiera tener un sentido peyorativo para Polemón, el autor de tal *creación* histórica, Zürcher advierte que el sucesor al frente de la Academia, al sustituir al viejo texto por el nuevo, pretendió ciertamente modernizarlo desde el punto de vista científico (pág. 19). No quería suplir al filósofo que había en el verdadero Platón, sino al científico que ya no estaba al día, que estaba atrasado, y que ya no podía

cuenta en el curso de su estudio. Silencio elocuente. Tanto peor para Teofrasto (a quien Zürcher atribuye el actual Cpe). Tanto mejor para Aristóteles y para quienes creen en su genio" (Cfr. J. Dubois, Bulletin d'Histoire de la Philosophie, *Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques*, XXXIII (1954), pág. 756. En las críticas que se comienzan a oír a propósito de la nueva obra de Zürcher, que estamos comentando, se nota a veces la misma animosidad que cualquiera nota en ésta.

<sup>13</sup> Este artificio en la exposición, no ha sido feliz. Hubiera sido mejor para Zürcher que los especialistas hubieran encontrado más difícil la lectura, a cambio de no encontrarla desprovista de fuerza, o mázizada acá y allá de gratuitas suposiciones. Hay algo en el estilo de Zürcher, que se nota más en esta segunda obra suya que en la primera, que debilita su fuerza probatoria. Decíamos antes que podía ser la mole disminuída del escrito (respecto de su anterior obra), y el tiempo empleado en concretarla, y la rapidez con que recorre los diálogos, en los sucesivos capítulos, al terminar la introducción que estamos comentando. Estas tres diferencias las explicaría Zürcher por el deseo de facilitar la lectura de la nueva obra, puesto caso que la primera hubiera resultado difícil de leer, sobre todo a los no especializados en los criterios internos de autenticidad y origen.

competir con los peripatéticos, y que por lo tanto era un obstáculo para la conquista de nuevos adeptos entre los jóvenes. Y por eso el contenido científico fué modernizado, no el escenario de los diálogos.

\* \* \*

A continuación Zürcher nos hace una breve historia del canon de los diálogos platónicos, con las opiniones de algunos especialistas (págs. 19-21). Por su parte, no se detiene mayormente en este asunto.

En cambio aprovecha la ocasión para citar uno que otro estudioso que hace tiempo andá por el mismo camino que él: cita uno, C. Jessen, para el Cpe, con la peculiaridad de que cree que todo se aclara en el actual Cac si se lo considera obra de la Academia (pág. 22).

"Todo se aclara (estilo, contenido, pertenencia al canon) en el actual Cac, si la Academia, en una edición propia, reunió todo que tenía al alcance de la mano como platónico": esta es la frase de Wilamovitz que Zürcher toma como *leitmotiv* a lo largo del recorrido que está a punto de hacer por los diálogos de Platón. "En tiempo de Arquesilao o de Lárcides es eso más creíble, porque precisamente el Platón de la antigua Academia había desaparecido". Y Zürcher añade por cuenta propia: más aún, ya no podía ser conocido. Como lo advierte muy bien Wilamovitz, se había producido un verdadero alejamiento del antiguo Platón; tan amplia y novedosa era la ciencia empírica, la nueva ciencia que el Perípato, la Stoa, y el Jardín ofrecían a los jóvenes sedientos de ciencia. Era un movimiento como el que se produciría en tiempo del Renacimiento, una especie de vértigo que se había apoderado del mundo griego: la ciencia empírica avanzaba a grandes pasos. Y al antiguo Platón le sucedió lo que le sucedería a la Escolástica en tiempo del Renacimiento: fué dejado a un lado.

\* \* \*

La introducción de Zürcher termina con una rápida enumeración de los capítulos o fuentes principales de su argumentación:

1. — *Estilo y lengua* del Cac.
2. — Estado de los *conocimientos científicos* en dicho Corpus: dialéctica y ciencia física, biológica, matemática, astronómica.
3. — La constante referencia y dependencia de la *problemática* del Cac respecto del Jardín y la Stoa.
4. — La *problemática* del Cac, comparada con la del Perípato es o contemporánea o posterior.
5. — Alusiones y referencias que corresponden, a *circunstancias históricas* del 300 más o menos.

Los argumentos se encuentran desparramados en el actual Cac. Basta echar una mirada sobre él, para caer en la cuenta de ellos, dice Zürcher (pág. 22).

Basta dejarse llevar por la espontánea convergencia de los mismos. Tal es la exégesis genuina del actual Cac.

Por tanto, y esta es la conclusión de Zürcher, cada lector puede juzgar por sí mismo cuánto del actual Cac es de Platón, y cuánto no (pág. 23).

\* \* \*

Hasta aquí la introducción. Luego Zürcher recorre los diálogos del actual Cac, queriendo hacer ver acá y allá sus argumentos. Son casi cuarenta capítulos de variada longitud, desde media página (para el Ion), hasta más de veinte (para Timaios).

Así llegamos a la conclusión de Zürcher (otra media página) en la que con toda claridad nuestro autor expone nuevamente su tesis, y los dos o tres principales argumentos (pág. 161).

Hemos terminado —nos dice— nuestro recorrido a través del Cac. Habíamos comenzado con la frase de Wilamovitz: "Todo se aclara (en el actual Cac) si fué la Academia quien juntó en él todo lo platónico que tenía a mano. Esto es más creíble precisamente en tiempo de Arquesilao o de Lácides, cuando el Platón de la antigua Academia había desaparecido". Y con aquella otra del mismo autor: "Todo nos dice que precisamente en esta época (a mediados del siglo tercero) se completó la colección de obras en el estado que es el actual". Estas frases, que eran el *leitmotiv* de Zürcher, son las que cree haber probado definitivamente cuando añade: en adelante es muy improbable decir que todavía a mediados del siglo tercero Platón era copiado a la letra.

Los principales argumentos serían en resumen, los siguientes:

Ante todo, el hecho de que el adversario que Polemón, en la redacción del actual Cac, siempre era uno de la Stoa o del Jardín: más aún, que no parece conocer allí otro adversario.

Después, ciertos textos que aparecen y desaparecen en tiempo de Teofrasto y Cenócrates; o sea, alrededor del 200.

El libro termina con dos textos griegos, y una tabla cronológica de personajes, o meramente históricos, o cabeza de escuelas filosóficas.

\* \* \*

Decíamos al principio que no pretendíamos juzgar, ni histórica ni filológicamente, a la obra de Zürcher sobre el Corpus Academicum.

De su valor humano, como atisbo conciente o inconciente de las relaciones vitales que vigen entre nuestro discípulo, en una Escuela ideal, algo hemos dicho en otro sitio de esta misma revista.

De su esfuerzo, sólo diremos que pudimos conocerlo personalmente, en su propio ambiente de trabajo, y nos impresionó como estudioso entusiasmado con su trabajo. Más aún, oímos que nos decía que esperaba con sumo interés

la crítica de sus colegas en el oficio; y en ningún momento nos pareció que creía poder prescindir de ella.

Quizás esta impresión que nos dejó Zürcher ha hecho que nos resultara algún tanto desagradable la crítica que comenzamos a oír que su obra suscitaba: está bien criticar, sobre todo si se cree estar criticando un error; pero también hay que tener en cuenta que se critica a una persona que, como tal, es digna de que le guarden ciertas consideraciones.

En fin, pienso que si la Iglesia ha propuesto a Santo Tomás como Angel de las Escuelas católicas, ha sido no sólo con la intención de que seamos *tomistas* en la doctrina, sino también para que lo seamos en el espíritu. Y es tan esencial, o más, al espíritu de Santo Tomás la caridad, también respecto de sus adversarios doctrinales, como esta o aquella tesis discutida.

Baste este recuerdo de Santo Tomás, y de su caridad intelectual, de la que otros autores han tratado largamente<sup>14</sup>. Con esta simple alusión creo que señalo suficientemente el objetivo de este mi comentario a la obra de Zürcher, y a la actitud de muchos de sus críticos.

<sup>14</sup> Cfr. M. RIQUET, *Saint Thomas d'Aquiné et les "auctoritates" en Philosophie*, Archives de Philosophie, III (1935), pp. 261-299. El autor que Santo Tomás cita siempre es para él un maestro y un amigo: saca lo que puede de la cita, siempre con respeto, con aprecio y cortesía; y si a veces lo corrige, nunca toma respecto de él una actitud doctoral o agresiva (pág. 285).